

La casa como jardín



Xavier Monteys

GG

XAVIER MONTEYS

La casa como jardín

Gustavo Gili, Barcelona, 2021, 184 pp. Tapa blanda. 16,90 €

Idioma: español

ISBN/EAN: 978-84-252-3241-1

DANIEL FERNÁNDEZ-CARRACEDO

Universidad de Castilla-La Mancha
daniel.fcarracedo@uclm.es

El pasado mes de abril se presentó virtualmente el libro de Xavier Monteys (1953), *La casa como jardín*, editado por Gustavo Gili. Es el cuarto de la serie de bolsillo y formato cuadrado del profesor Monteys sobre espacios domésticos enfocados desde distintos puntos de vista.

En este caso, sus ‘hojas’ reflexionan acerca de lo vegetal y su extensión a la arquitectura, la pintura, o el coleccionismo. La flora transciende al ornamento y se convierte en acción inconsciente de nuestra intimidad; las plantas ya no son un complemento o una capa más para evitar el ‘horror vacui’. Incluso en el plano intelectual, el autor considera al propio texto un jardín por su condición abierta al azar a la hora de estructurar su discurso.

El conjunto consta de veintisiete ensayos que se pueden leer aleatoriamente, siempre acompañados con al menos una o dos imágenes. Píldoras cuya lectura no supera los diez minutos, y que, por el modo en que están redactadas, nos traslada al género periodístico. Hallazgos valiosos y esporádicos que necesitan ser asimilados con tiempo y contrastados por la cantidad de información suministrada.

El inicio es prometedor y claro: “Antes que la casa fue el jardín, el Paraíso, pero aun así este no es un libro sobre jardines, ni tampoco sobre paisaje, sino un libro sobre la casa observada desde la óptica del jardín.” Y, en especial, se vislumbran cuatro temáticas en las que se podría vertebrar: paraíso, contingencia, colección y proceso.

El Edén, o jardín encerrado, nos remite a ejercicios que convierten a la naturaleza en su

motivo central y privativo a distintas escalas, como los *jardins d’appartement* de Raoul Dufy (1877-1953), los *Blumenfenster* y *Wintergärten* —uno de los más evidentes, el desconocido de la casa Tugendhat de Ludwig Mies van der Rohe (1886-1969)—, el mobiliario para *Casa e Giardino* de Gio Ponti (1891-1979), el comedor japonés de la Villa Müller de Adolf Loos (1870-1933), los patrones florales de Josef Frank (1885-1967), los frescos de monstera de Henri Matisse (1869-1954), las salas del Palacio de Schönbrunn de Johann Baptist Wenzel Bergl (1719-1789), los atrios mediterráneos de Bernard Rudofsky (1905-1988), el patio de la Casa de Lina Bo Bardi (1914-1992) y el de la Casa del Futuro de Alison (1928-1993) y Peter Smithson (1923-2003), los huertos de Heinrich Tessenow (1876-1950), la colonia Nærum de Carl Theodor Sørensen (1893-1979) o los cármenes de Granada —y en concreto el de la Fundación Rodríguez-Acosta—.

La contingencia forma parte del misterio de la vida, como las plantas que sobreviven en las cunetas, que no son ni cultivo ni naturaleza. Lo habitable debería adaptarse ante nuevas necesidades o contratiempos. Lo cual sensibiliza al profesional y le invita a responder, o al menos plantear alternativas, a todo cuanto se halla en los límites: la autoconstrucción, las modificaciones de los moradores, o la apropiación de las oquedades de la cubierta o de las fachadas. Ejemplos son las distintas maneras como han sido vividos los apartamentos del edificio Mitre de Juan Francisco Barba Corsini (1916-2008), los áticos parisinos de Le Corbusier (1887-1965) en Porte Molitor o en los Campos Elíseos —Beistegui—, y las terrazas convertidas en invernaderos por Anne Lacaton (1955) y Jean-Philippe Vassal (1954) en los suburbios de París y de Burdeos. Mundo del invernadero que el arquitecto y diseñador sueco Bruno Mathsson (1907-1988) ya había frecuentado a comienzos de los sesenta en su casa de verano de Frösakull con su vidrio triple protegido por una bóveda curva de policarbonato ondulado.

La colección particular sintetiza la inclinación vital hacia determinados objetos y su convivencia con el resto de elementos de la casa y del jardín: las fantasías, el mobiliario, los libros, las esculturas, las maquetas, los cuadros o las instalaciones artísticas. Así sucede en la casa Vicens de Antoni Gaudí (1852-1926), el estudio del pintor Oleguer Junyent (1876-1956), la casa cueva de Juan O’Gorman (1905-1982), la casa estudio de Luis Barragán (1902-1988), el apartamento de Yona Friedman (1923-2019), o la casa-museo de John Soane (1753-1837).

La existencia tiene que ver con la superposición de procesos y de escenarios. Así obró el jardinero enviado desde París a Lisboa en el entorno del Palacio de los marqueses de Fronteira; Frederick Law Olmsted (1822-1903) en Central Park; Albert Dubosq (1863-1940) en la escenografía para la ópera *Lakmé*; Leandro Silva (1930-2000) en el Romeral de San Marcos; Robert Smithson (1938-1970) en su reconocimiento gráfico del Hotel Palenque; Nicolau Maria Rubió i Tudurí (1891-1981), Fe-

derico Correa (1924-2020), Alfonso Milá (1924-2009) y Elías Torres (1944) en su conversación en torno el jardín de la casa Villavecchia. Algo similar acontece también con ciertas arquitecturas vinculadas a las rehabilitaciones campestres y los ajustes de sus fases y en ciertos jardines; así los Smithson, antes mencionados, se enfrentaron a la Hexenhaus, o los van Eyck, Hannie (1918-2018) y Aldo (1918-1999), a su casa en Loenen. Más recientemente, las macetas y áreas verdes copan los interiores transparentes de las propuestas de Ryue Nishizawa (1966); y de Junya Ishigami (1974). La relación entre exterior e interior se diluye al solapar los distintos planos.

El cierre resulta enigmático e invita a la probable continuidad de un proyecto relacionado con el agua, y por supuesto con la casa. Tras hablar de la felicidad del *Team X*, nos señala que el jardín de los van Eyck finaliza en las orillas del río. Y admito este punto y aparte, pues este *non finito* no debería terminarse con las estrofas de un escéptico Pessoa que niega la posibilidad de un todo conciliador.

Otro matiz reseñable es la generosidad que destilan sus páginas por la infinidad de citas a libros en sus ciento catorce notas. Hasta el extremo de que sólo se repiten las referencias en distintos apartados a *El jardín en movimiento* (Gustavo Gili, Barcelona, 2012), *Una breve historia del jardín* (Gustavo Gili, Barcelona, 2019), ambos de Gilles Clément; *El jardín perdido* (Elba, Barcelona, 2018) de Jorn De Précý; *El país donde florece el limonero* (Acantilado, Barcelona, 2017) de Helena Attlee; y *Alison & Peter Smithson. De la Casa del futuro a la casa de hoy* (Polígrafa, Barcelona, 2007) de los editores Dirk Van der Heuvel y Max Risselada; y *Autoconstrucción* (Pepitas de Calabaza, Logroño, 2018) de John F. Turner. E incluso, sugiere documentales como *Five Seasons: The Gardens of Piet Oudolf* (2017) de Tomas Piper, para acercar aún más el relato al lector. Igualmente destaca el cariño manifestado en los agradecimientos y en la mención a sus doctorandas, así como la cortesía a quien le ha cedido los derechos para la reproducción de las imágenes.

DOI: https://doi.org/10.26754/ojs_zarch/zarch.2021176131